

## LA MUERTE

2024

### Meditación – día 11

P. La Palma, llamado el Príncipe de los comentaristas de los Ejercicios Espirituales, dice que son cinco los fines que tenemos que alcanzar en esta primera semana de los Ejercicios:

«**Primero** reconocer su último fin, y resolverse a poner todos los medios posibles para conseguirle cuanto es de su parte [visto en Principio y Fundamento].

**Segundo**, reconocer sus errores pasados, con que se ha desviado y descaminado de su último fin, y arrepentirse y dolerse de ellos con verdadera penitencia.

**Tercero**, proponer firmemente la enmienda, ejercitándose de manera que se vaya haciendo superior a sus enemigos, y entrando en esperanza de salir de ellos con victoria.

**Cuarto**, quitar todas las ocasiones que nos pueden provocar a nuevas caídas.

**Quinto**, arraigar en nuestros corazones el temor de la divina justicia, que nos sirva como de freno para no caer de nuevo en otros pecados».

En la nota que aparece en el n° 71 de los ejercicios, en la vulgata (versión en latín vulgar del libro de los ejercicios) se añade en esta parte: «si al que da los ejercicios le pareciera convenir al provecho de quienes los hacen añadir a estas otras meditaciones como de la muerte, y otras penas del pecado, el juicio, etc., no se crea que le está prohibido aunque aquí no se pongan».

#### Ponerse en presencia de Dios

#### Oración preparatoria:

[46] Pedir gracia a Dios Nuestro Señor para que todas mis intenciones, acciones y operaciones se ordenen puramente al servicio y alabanza de su divina majestad.

#### Composición de lugar:

El día de nuestra muerte...

#### Petición:

Pedir la gracia de una buena muerte... También pedir, entroncando esta meditación en la 1ª semana, la gracia de que a la vista de nuestra muerte podamos aborrecer todo lo desordenado que hay en nosotros, todo lo que en definitiva puede hacer que nuestra muerte no sea algo hermoso, como lo fue para los santos.

## CUERPO DE LA MEDITACIÓN

### 1º PUNTO: LA MUERTE ES CIERTA

De pocas cosas estamos tan seguros en nuestra vida como de que vamos a morir. Nace un niño y uno puede conjeturar que será abogado, otro dirá que será doctor, otros médico, etc. Estas cosas no las sabemos... pero si de algo estamos segurísimos es que ese niño algún día va a morir.

Por eso exhorta San Alfonso María de Ligorio en su libro «Preparación para la muerte<sup>1</sup>»:

«Vive en buena hora, hermano mío, cuantos años quieras; pero al fin vendrá un día, y aquel día tendrá una hora que para ti ha de ser la última. Para mí, que estas líneas escribo, y para ti que las lees ya está decretado el día y la hora y el momento en el cual no podré yo más escribir ni tu tampoco podrás más leer. Pues, como dice el salmo ¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte? (Sal 88,49). Promulgada está la sentencia, y no ha habido un hombre tan loco que se haya alabado de poder escapar de la muerte. Lo que a tus antepasados aconteció, a ti también te ha de acaecer».

Y esta ley de la muerte nos incumbe a todos, no hay ni uno sólo, por más dinero que tenga, poder, fama, etc. que pueda librarse de morir algún día.

De cuánta gente quizás nos acordamos de que han muerto; así también se acordarán de nosotros el día de mañana.

### 2º PUNTO: EL MOMENTO DE LA MUERTE ES INCIERTO

Así como tenemos total certeza de que vamos a morir, así también tenemos total desconocimiento acerca del día y la hora en que Dios nos va a llamar, en el que nuestra alma va a separarse del cuerpo para ir a comparecer ante el Divino Juez.

Dice el libro imitación de Cristo:

«Oh loco!, ¿por qué piensas vivir mucho, no teniendo un día seguro? ¡Cuántos han sido engañados y sacados del cuerpo cuando no lo pensaban! ¿Cuántas veces oíste contar que uno murió a espada, otro se ahorcó, otro cayó de lo alto y se quebró la cabeza, otro comiendo se quedó pasmado, a otro jugando le vino su fin? Uno muere a fuego, otro a hierro, otro con pestilencia, otro a manos de ladrones, y así la muerte es el fin de todos, y la vida de los hombres pasa como una sombra»<sup>2</sup>.

«Mira que te mira Dios, mira que te está mirando,  
mira que vas a morir, mira que no sabes cuando» Zaeta

### 3º PUNTO: DEBEMOS ESTAR PREPARADOS

Si el hecho de la muerte es algo tan seguro, y el momento de su llegada algo tan desconocido, es una cosa que se cae de maduro, el prepararse para la muerte.

---

<sup>1</sup> Consideración 4 “*Certidumbre de la muerte*”.

<sup>2</sup> Imitación de Cristo, I, 23, 6.

Muchas son las cosas que podemos hacer para prepararnos a buen morir; nombramos algunas:

#### - **Pensar en la muerte**

Dice la Sagrada Escritura «*Piensa en las postrimerías y no pecarás*». **Eco 7,40 (o 36)**

Cuenta la historia que en un pueblito de Ecuador había un convento de frailes donde vivía el **padre Almeida** el cual era muy particular, ya que este se escapaba todas las noches del convento para ir a divertirse a una taberna cercana. La cosa es que este padre cuando todos los demás frailes se iban a dormir, él se iba a la Iglesia donde había un Cristo (que aun hoy se encuentra en la sacristía de la Iglesia) al cual usaba como escalera para llegar a una ventana por donde saltaba. La última noche que salió, mientras trepaba por el Cristo, este le dijo: «¿hasta cuando padre Almeida?», y el fraile con irreverencia le contestó: «Hasta la vuelta». Así fue como al amanecer del otro día, a su regreso, Almeida vio que entraba un cortejo fúnebre a la Iglesia y se dijo: «Voy a mezclarme con la gente en la entrada de la Iglesia y luego me meto en un confesionario, así paso desapercibido». Una vez entre la gente le preguntó a una viejita que a quien velaban y esta le respondió que al padre Almeida. El padre trató de no inmutarse pero en pocos segundos corrió al cajón para verificar al muerto y allí vio, con gran sorpresa, al descubrirse él mismo en el cajón. Según la historia, este se desmayó al momento y en adelante llevó una vida de gran santidad.

#### - **Hacer buenas obras**

Por más dinero y bienes que tenga una persona, en su muerte no se llevará nada, solamente sus buenas obras.

«¿Quién se acordará y quién rogará por ti después de muerto? Ahora, ahora, hermano, haz lo que pudieres, que no sabes cuándo morirás, ni qué te acaecerá después de la muerte. Ahora que tienes tiempo, allega espirituales riquezas inmortales y no tengas demasiado cuidado, salvo de tu salvación y de las cosas de Dios. Hazte amigo de los santos, hónralos imitando sus obras, para que cuando salieres de esta vida te reciban en las moradas eternas»<sup>3</sup>.

#### - **Vivir como si estuviésemos por morir**

Es una muy buena manera de prepararnos. Eso no quita plenitud a la vida, todo lo contrario. Si supiéramos que hoy es nuestro último día, si es la última hora lo que estamos haciendo lo haríamos con mucho mas empeño.

De ahí también aquella jaculatoria conocida años atrás: «*de la muerte súbita, líbranos, Señor*». Mejor sería que nos agarrase un buen cáncer, que nos permita pagar nuestras culpas y prepararnos para morir de la mejor manera posible. Qué distinto es lo que se piensa ahora...

Ahora vamos a ver algunas cosas que tienen también que ver con la muerte pero mas relacionadas con nuestra espiritualidad, por ejemplo la relación que tiene nuestro morir día a día con el ofrecernos con Cristo en la cruz, es decir en la Santa Misa, entregarnos con Él,

---

<sup>3</sup> Imitación de Cristo, I, 23, 7.

hacernos víctima con La Víctima, porque nuestro sacerdocio también es así. Somos sacerdotes y víctimas como Cristo.

El padre Alfredo Sáenz en su libro *In Persona Christi* dice:

«En el mismo dinamismo que va de la inmolación con Cristo en la Misa a la mortificación fuera de la Misa, sobre todo mediante la abnegación apostólica, debe colocarse nuestra propia muerte física. La muerte del sacerdote tiene una significación especialísima. San Pablo, queriendo apresurar su carrera hacia Cristo, experimentaba la nostalgia de la muerte (**cf. Fil. 1, 23**). Y San Ignacio de Antioquia pedía que no le obviasen su martirio: “Permitidme ser imitador de la Pasión de mi Dios”, decía. En cada consagración de la Misa, con la desaparición de la sustancia del pan y vino, decimos de antemano amén a nuestra muerte en Cristo, aceptamos nuestra muerte, la ofrecemos desde ya, en unión con la de Cristo. Nuestra muerte física constituirá así un acto de suprema caridad apostólica por las almas a nosotros confiadas, será una muerte apostólica, en continuidad con la Misa. Amaremos a nuestras ovejas hasta el fin, es decir, hasta el límite extremo del amor, porque “no hay mayor amor que dar la vida por sus amigos” (**Jo. 15, 13**)».

Y el beato Chevrier:

«A ejemplo de nuestro Señor, el sacerdote debe morir a su cuerpo, a su espíritu, a su voluntad, a su familia, al mundo entero; hase de inmolar por el silencio, la oración, el trabajo, la penitencia, los sufrimientos y la muerte. Cuanto uno está más muerto, más vida tiene y la da en mayor abundancia. El sacerdote es un hombre crucificado. También debe, por la caridad, a ejemplo de su maestro, dar su cuerpo, su espíritu, su tiempo, sus bienes y su salud; ha de dar la vida por su fe, doctrina, palabras, oraciones, autoridad y ejemplos. Débese convertir en buen pan. El sacerdote es un hombre comido». (**Beato Chevrier**)

*«Y nosotros mismos ¿por qué nos ponemos en peligro a todas horas?».* (**1Co 15,30**)

*«Cada día estoy a la muerte ¡sí hermanos! gloria mía en Cristo Jesús Señor nuestro, que cada día estoy en peligro de muerte».* (**1Co 15,31**)

«Señor, mándame la muerte el día que me veas caer en la rutina, en el desprecio de lo que me confías. Sobre todo: el día que sea ladrón de almas. Si viniéndote a buscar a ti las aficionara a mí. Si hago mi mansión en la tierra»<sup>4</sup> (**Fray Mario José Petit de Murat**)

## HOMBRE DE CELO<sup>5</sup>

*Enseña San Alfonso María de Liguorio,  
a quien seguimos en este sermón,  
que este es el más importante de todos los discursos  
en la predicación de Ejercicios al clero,  
y a la vez el más útil, dando la razón:  
«porque si se consigue que uno de los sacerdotes se resuelva,  
como hay que esperar de la gracia de Dios,*

<sup>4</sup> FRAY MARIO JOSÉ PETIT DE MURAT, *Una sabiduría de los tiempos*.

<sup>5</sup> P. BUELA, *Sacerdotes para siempre*.

*a darse de lleno a la salvación del prójimo,  
se habrá conseguido no tan sólo la salvación de un alma,  
sino la de ciento y la de mil que se salvarán  
por medio de este sacerdote».<sup>6</sup>*

Este tema lo desarrolla San Alfonso en cuatro puntos:

I– Obligación de todos los sacerdotes en trabajar para salvar almas;

II– Gozo que causa a Dios ese sacerdote que trabaja por el prójimo;

III– Salvación y premio que tendrá;

IV– Del fin, de los medios y de las obras del sacerdote celoso de la salvación del prójimo.

(...)

### **III. De cómo asegura la salvación eterna el sacerdote que trabaja en la salvación de las almas y del extraordinario premio que por ello tendrá en el cielo.**

Difícilmente muere mal el sacerdote que en la vida se sacrificó en bien de las almas. Cuando ... des tu pan al hambriento y sacies el alma humillada, irradiará en las tinieblas tu luz... Y Yahveh te conducirá de continuo... y fortalecerá tus huesos (**Is 58,10–11**). Si empleares tu vida, dice el profeta, en ayudar al alma necesitada y la consolares en sus aflicciones, cuando lleguen las tinieblas de tu muerte temporal, el Señor te llenará de luz y te librárá de la muerte eterna. Esto era lo que decía San Agustín: «Si salvaste un alma predestinaste la tuya». Y antes lo había dicho el Apóstol Santiago: entienda que el que convierte un pecador del extravío de su camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de los pecados (**Sant 5,20**).

Los sacerdotes que se sacrificaron por las almas oirán que en la muerte Dios mismo les anuncia el descanso eterno: *Sí*—dice el Espíritu—, *que descansen de sus trabajos, porque sus obras los acompañan* (**Ap 14,13**).

«Si merece gran recompensa, dice San Gregorio, quien libra a un hombre de la muerte temporal, ¿cuánto mayor la merecerá quien libre a un alma de la muerte eterna y le asegure una vida que no tendrá fin?». <sup>7</sup> El sacerdote que se condena no se condena solo; pero el sacerdote que se salva, ciertamente no se salva solo.

No se abata ni renuncie a misión tan importante el sacerdote que, luego de trabajar por llevar las almas a Dios, no ve coronados sus esfuerzos con el éxito. Sacerdote mío, dícele San Bernardo para infundirle ánimos, a pesar de ello no desconfíes y cree firmemente en el premio que te aguarda. Dios no exige de ti la curación de estas almas; tú procura solamente curarlas y Él te recompensará, no según el resultado de los esfuerzos, sino según los esfuerzos mismos.<sup>8</sup> San Buenaventura confirma también lo dicho, añadiendo que el sacerdote no merecerá menos por los esfuerzos desarrollados con quienes poco o ningún

---

<sup>6</sup> *Obras ascéticas*, t. II, (Madrid 1954) 141ss.

<sup>7</sup> *Moral.*, l.19, c.16.

<sup>8</sup> *De cons.*, l.4, c.2.

éxito se consigue que con aquellos en quienes el éxito es completo.<sup>9</sup> Añade el mismo santo que el labrador que cultiva una tierra árida y pedregosa, aun cuando el rendimiento sea exiguo, merece mayor recompensa; con lo que quiere significar que el sacerdote que se afana por llevar a Dios algún obstinado, aun cuando no lo llevare, crecerá el premio en proporción al crecimiento de sus trabajos.

Otro ejemplo más, en este caso de San Ignacio, de cómo fue evolucionando en la manera en la que pensaba de la muerte:

«Estando enfermo una vez en Manresa, llegó de una fiebre muy recia a punto de muerte, que claramente juzgaba que el ánima se le había de salir luego. Y en esto le venía un pensamiento, que le decía que era justo, con el cual tomaba tanto trabajo, que no hacía sino repugnarle y poner sus pecados delante; y con este pensamiento tenía más trabajo que con la misma fiebre; mas no podía vencer el tal pensamiento por mucho que trabajaba por vencerle. Mas, aliviado un poco de la fiebre, ya no estaba en aquel extremo de expirar, y empezó a dar grandes gritos a unas señoras, que eran allí venidas por visitarle, que por amor de Dios, cuando otra vez le viesen en punto de muerte, que le gritasen a grandes voces, diciéndole pecador, y que se acordase de las ofensas que había hecho a Dios.

Otra vez, viniendo de Valencia para Italia por mar con mucha tempestad, se le quebró el timón a la nave, y la cosa vino a términos que, a su juicio y de muchos que venían en la nave, naturalmente no se podría huir de la muerte. En este tiempo, examinándose bien, y preparándose para morir, no podía tener temor de sus pecados, ni de ser condenado; mas tenía grande confusión y dolor, por juzgar que no había empleado bien los dalles y gracias que Dios N. S. le había comunicado.

Otra vez, el año de 50 estuvo muy malo de muy recia enfermedad que, a juicio suyo y aun de muchos, se tenía por la última. En este tiempo, pensando en la muerte, tenía tanta alegría y tanta consolación espiritual en haber de morir, que se derretía todo en lágrimas; y esto [...] tan continuo, que muchas veces dejaba de pensar en la muerte, por tener tanto de aquella consolación»<sup>10</sup>.

Ésa es la idea, de que la muerte vaya siendo para nosotros algo que nos vaya gustando más, entiéndase bien, porque es el encuentro con el Señor. Y para eso darnos a las almas, gastarnos por ellas, por la gloria de Dios, para que nos encuentre la muerte como dice el padre Hurtado “culmina en la bella muerte del sacerdote”:

### HURTADO: LA VOCACIÓN

«Pero esta resolución no es obra humana. Es la obra del Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús, que sopla en el fondo de las almas y hace ver lo que a la pura luz de la humana inteligencia jamás aparecería claro. Esta acción del Espíritu Santo es clara en el origen de cada vocación, se continúa en la ordenación, en la vida del sacerdote, y culmina en la bella muerte del sacerdote ¡que es de veras sacerdote!»<sup>11</sup>.

---

<sup>9</sup> *Se sex alis*, c.5.

<sup>10</sup> P. GUSTAVO LOMBARDO, *Peregrinando hacia la santidad*, día 204, 23 de julio, Enfrentar la muerte, evolución del santo.

<sup>11</sup> SAN ALBERTO HURTADO, *La búsqueda de Dios*, La vocación, pág. 245-245 Posiblemente se trata de una charla

## Carta del padre Llorente a sus padres

Queridos padres:

Aunque esta carta es para todos los de casa, como de costumbre, quisiera que madre la tomase como suya de una manera especial. Siento mucho que la foto de Navidad les dejase con la impresión de que estoy triste y delgado. Ni lo uno ni lo otro. Peso lo mismo que cuando vine. No he tenido ni un dolor de cabeza en todo el tiempo que llevo aquí, y como con el mejor apetito que se puede pedir. Además, es mala señal estar gordo durante los estudios.

Hay que trabajar mucho si uno quiere ser algo. Encima de las tres horas diarias de cátedra tengo que estudiar inglés y hablarlo y escribirlo. Tengo que ejercitarlo con la pluma, escribiendo artículos en diversas revistas para irme acostumbrando a manejarla con valentía y destreza en pro de la causa católica. Ya me han publicado 13 artículos, más 50 relaciones misionales que me publicó el Calendario de las Misiones de Santander en dos años consecutivos. Esto no se hace durmiendo, ni hablando, ni echando papada, sino estudiando, leyendo y pensando. Y este ejercicio mental diario gasta más que la guadaña o el arado. Sin embargo, apuesto a que ningún mozo de Mansilla Mayor está más sano que yo.

Cuando termine los estudios escribiré algunos libros y traduciré del inglés algunos más para alentar a los católicos y enfervorizarlos en la fe. Prefiero morir a los 50 años trabajando por Jesucristo y por la Iglesia, que vivir hasta los 70 sin hacer cosa de provecho. Para nosotros la muerte no es cosa temible. Lo que es temible, es que, después de 16 años de estudio, viva uno y muera sin haber hecho nada por la salvación de las almas. A ustedes Dios no les pide más que la guarda de los Mandamientos; que den buen ejemplo en casa y eduquen cristianamente a los hijos. Eso es todo. A mi Dios me pide mucho más. Yo no me puedo contentar con ser bueno; yo tengo que ser muy bueno. Tengo que estudiar lo más posible para refutar a los enemigos de la Iglesia; tengo que aprender 1.000 páginas de Moral para hacer buen papel en el confesionario; tengo que saber meditar y hacer oración para dirigir a las almas que van por el camino de la virtud; tengo que tener la Teología al dedillo para predicar lo mejor posible; tengo que estar dispuesto a ir a las Misiones de infieles si veo que ello es necesario para que se salven almas que de otra manera se condenarían; en una palabra, tengo que dedicarme por completo a hacer el bien y llevar a Dios el mayor número posible de pecadores. Esto es cosa dura para el cuerpo, pero Dios ayuda con su gracia.

A mí me gustaría pasar todos los años una semana en el caserío, y me cuesta estar separado de ustedes, pero a Dios no hay que servirle a medias; yo en el caserío no soy necesario, en cambio lo que estoy haciendo por aquí es necesario. Ustedes no me necesitan, lo único que madre quisiera sería verme unos días.

Tengo la misma carona fea que tuve siempre. Nada nuevo tendría que decirles, porque ya se lo digo todo por carta. En cambio los pecadores me necesitan. Tengo que dedicar toda la vida a salvar almas. Al fin, todos iremos a juntarnos en el cielo: ustedes por haber cumplido con su obligación, y yo por haber cumplido con la mía.

Su hijo y hermano que no les olvida,

SEGUNDO, Febrero, 1933.

---

a los jóvenes de la A.C., a inicios de 1944.

**ESCRIBE ARMANDO LLORENTE:**

Llegó el ocaso. Fue rapidísimo. Había tenido una salud fantástica, y tres meses antes de morir me llama: «Amando, quiero decirte que se acabó el Segundo Llorente en este mundo y empieza el del otro. Me han dicho que tengo cáncer, y he llamado al provincial para decirle que no quiero tener ningún tratamiento, pero quiero contar con él. El provincial me aprobó la decisión, así que no voy a seguir ningún tratamiento. No se te ocurra ponerte triste, porque llevo años que no sueño más que con ir al cielo. Me han dado la noticia más feliz de mi vida, y no quiero que me quiten ni un minuto de ese cielo al que estoy seguro de ir; no puedo dudarlo».

[fue a verlo con urgencia porque la salud se le iba desmejorando notablemente] Lo encontré plenamente consciente, increíblemente feliz y contento. Al irle a abrazar me dijo: «No se te ocurra hacer una oración por mi salud. Olvídate de eso. Píde que sea rápido. Estoy esperando el encuentro con nuestro Señor».

[su hermano se volvió a España a predicar ejercicios] «No dejes de ir a dar los Ejercicios, ese es tu deber; yo no necesito nada; tengo a Dios y tengo todo, no te preocupes de mí nada...». Le pedí unas letras para toda la familia y escribió: «Muero contentísimo. Desde aquí al cielo, ¿qué más puedo esperar? Allí nos veremos todos. Amén». Os quiero mucho. Segundo». Es el testamento que nos dejó a todos los hermanos y los sobrinos.

Me atrevo a decir que nos podemos encomendar a él. Estoy seguro de que tiene que tener cerca de Dios una tremenda influencia. Porque es que... no le negó nada.

Yo le había dicho: «Oye, cuando vayas al cielo, se tiene que notar en la tierra. No hagas favorcitos pequeños, sino cosas gordas: se estremece la Iglesia, se estremece la Compañía de Jesús...». Y me dijo: «Bueno, ¿y tú crees que yo voy a mandar en el cielo?». Le dije: «En el cielo mandan los amigos de Dios». Y él: «¡A eso, no quiero que me gane nadie».

**Monseñor Fulton Sheen: El sacerdote no se pertenece**

Finalmente, la muerte del sacerdote. Millones de veces él ha pedido a María que ruegue por él a la "hora de mi muerte". Se espera que haya ofrecido Misa a ella una vez por semana durante todo su sacerdocio. Diariamente, él anunció la muerte del Señor en la Eucaristía (**I CORINTIOS 11,26**), y ahora llega, no al final de su sacerdocio, ya que nunca se acaba; "un sacerdote para siempre del orden de Melquisedec" (**SALMO 109,4; HEBREOS 5,6**) pero es el fin de la prueba. Es el momento en que el sacerdote se vuelve más a María buscando su intercesión. Ve el Crucifijo ante él y puede escuchar una vez más a Su Señor diciéndole: "He ahí a tu madre". (**JUAN 19,27**)

La muerte para aquellos que se salvan es de nuevo la infancia, un segundo nacimiento. Es por eso que es llamada "natalitia" o nacimiento en la liturgia. El mundo celebra nacimientos cuando los hombres nacen según la carne; la Iglesia: cuando las almas nacen en el Espíritu.

Pero el sacerdote sabe que María sufre, porque ahora él ve todos sus errores a la blanca luz de la eternidad. En Belén, cuando ella trajo al mundo al Sumo Sacerdote, no tuvo dolores de parto, pero en la Cruz pasó por estos dolores convirtiéndose en la mujer o madre universal.

El representante de su Divino Hijo siente ahora cuánto dolor inútil ha causado. Pero ella no entregará la carga, igual que no rechazó a Juan, quien desde luego era un pobre cambio por Jesús.

Dos palabras salen repetidamente de los labios del sacerdote: "Jesús" y "María".



Él ha sido siempre un *sacerdote*, ahora, al fin, en la muerte, es también una *víctima*. Dos veces, el Sumo Sacerdote fue una Víctima, al entrar al mundo, y al dejarlo. María estuvo en ambos altares, en Belén y en el Calvario. María estaba en el altar del sacerdote el día de su ordenación, y también está con él a la hora de su muerte.

(...) Cada sacerdote a la hora de la muerte quiere ser colocado en los brazos de María como Cristo, Cuyo representante es. María dijo después de la Crucifixión, cuando su Hijo estaba en sus brazos: "Éste es mi Cuerpo". Así dirá también a la muerte de cada sacerdote: "Este es mi cuerpo, mi víctima, mi hostia. Como formé a Jesús el Sacerdote en mi seno para ser una Víctima, así ayudé a Jesús, *Sacerdos-Hostia*, para crecer en ti.

Nada extraño, pues, que ella sea la Mujer en la vida de cada sacerdote. Ningún sacerdote se pertenece; pertenece a la Madre de Jesús, ahora y siempre el Sacerdote Víctima.